

¿QUIÉN ESTÁ AHÍ?

ARTHUR C. CLARKE

Cuando me llamó el Satélite de Control estaba escribiendo el informe de los progresos del día en la cúpula del Observatorio, aquella oficina recubierta por una burbuja de cristal situada en el eje de la Estación Espacial como el cubo de una rueda de carreta. Realmente no era un buen sitio para trabajar; pero la visión que se tenía desde allí resultaba sobrecogedora e impresionante. Sólo a unos pocos metros de distancia podía ver los equipos de construcción poniendo en práctica sus movimientos, que parecían tomados a cámara lenta en una extraña especie de ballet cósmico, mientras iban ensamblando la Estación como si reunieran piezas de un rompecabezas gigante. Y más allá de todo aquello, a treinta mil kilómetros más abajo, el glorioso azul verde de la Tierra llena flotando contra las miríadas de estrellas de la Vía Láctea.

—Aquí la Estación Supervisora —repuse—. ¿Hay alguna dificultad?

—Nuestro radar muestra un pequeño eco a tres kilómetros de distancia, aproximadamente a cinco grados al oeste de la estrella Sirio. ¿Puede darnos un informe visual?

Cualquier cosa que pudiera acercarse a nuestra órbita con tanta precisión difícilmente podía ser un meteorito; debía ser alguna pieza que se nos había escapado en el espacio, tal vez una pieza sin asegurar que quedó a la deriva. Eso supuse al menos; pero cuando eché mano de los binoculares y rebusqué por el cielo en dirección a la constelación de Orión, pronto descubrí mi error. Aunque aquel viajero del espacio estaba hecho por la mano del hombre, no tenía absolutamente nada que ver con nosotros.

—Lo encontré —dije a Control—. Se trata de un satélite de pruebas en forma de cono, con cuatro antenas y lo que parece un sistema de lentes en la base. Probablemente fue lanzado por las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos a principios de los sesenta, a juzgar por su diseño. Sé que perdieron la pista de varios cuando fallaron sus transmisores. Intentaron varias veces conseguir esta órbita antes de lograrlo definitivamente.

Tras una breve búsqueda en los archivos, Control pudo en efecto confirmar mi suposición. Les llevó algún tiempo más el saber que Washington no tenía el menor interés en nuestro descubrimiento de aquel satélite extraviado desde hacía veinte años, y al parecer todo indicaba que se quedarían tan contentos si lo perdíamos de nuevo.

—Bien, no podemos hacer eso —dijo Control—. Incluso aunque nadie lo desee, esa cosa es una amenaza para la navegación. Alguien tiene que salir y traerlo a bordo.

Ese alguien, comprendí, tenía que ser yo. No me atrevía a relevar de su trabajo a ninguno de los hombres de los equipos de ensamblaje, ya que íbamos retrasados en el programa de trabajo y cada día de retraso en el proyecto costaba un millón de dólares. Todas las redes de televisión de la Tierra esperaban impacientes el momento en que pudieran canalizar sus programas a través de nuestra Estación Espacial y lograr así el primer servicio global, extendido de Polo a Polo.

—Saldré yo mismo a rescatarlo —repuse finalmente, mientras ponía una banda elástica a mis papeles para evitar que las corrientes de aire procedentes de los ventiladores los dispersaran en el interior de la cúpula. Aunque lo dije en un tono que daba a entender que iba a hacerles un gran favor, lo cierto es que aquel trabajo me gustaba. Hacía ya casi dos semanas desde que había salido al exterior la última vez, y ya estaba cansado de hacer informes de mantenimiento, observaciones, cálculos, y de archivar datos y todos aquellos otros ingredientes que hacen la vida tediosa en el interior de la cúpula de un Supervisor en una Estación Espacial.

El único miembro de la tripulación a quien encontré en el camino fue a Tommy, nuestro gato recién adquirido. Un animal doméstico significa mucho para los hombres que se encuentran a miles de kilómetros de la Tierra; pero no hay muchos de estos animales que, como el gato, se adapten por sí mismos a un entorno de ingravidez. Tommy maulló suplicante cuando comencé a enfundarme en mi traje espacial; pero yo tenía demasiada prisa para detenerme a jugar con él.

En este momento quizá deba recordarles a ustedes que los trajes espaciales que utilizamos en la Estación son completamente diferentes a esos trajes flexibles que el hombre utiliza cuando tiene que marchar por la superficie de la Luna. Los nuestros, en realidad, son unas diminutas naves espaciales, lo suficientemente pequeñas como para contener a un solo hombre en su interior. Son unos cilindros rechonchos de unos dos metros de largo, con cohetes de propulsión de baja potencia y un par de brazos en forma de acordeón en la parte superior, que coinciden con los del operador. Normalmente, sin embargo, uno mantiene las manos en el interior y acciona los controles manuales desde un pequeño panel de control a la altura del pecho.

Tan pronto como estuve debidamente acondicionado en el interior de mi aparato personal, accioné la energía que lo ponía en marcha y comprobé los calibradores del diminuto panel de control. Existe una palabra mágica, «CORB», que con frecuencia oirán mencionar ustedes a los hombres del espacio cuando saltan a sus cápsulas, y que recuerda sistemáticamente la absoluta necesidad de comprobar el combustible, oxígeno, la radio y las baterías. Todas las agujas de mi panel de control estaban situadas en la zona de seguridad, por lo que bajé el transparente hemisferio sobre mi cabeza y me encerré herméticamente en su interior. Para un corto viaje como aquél, no tenía por qué comprobar los compartimientos internos que corrientemente se utilizaban para transportar alimentos, material y equipo en misiones de más larga duración.

Mientras la cinta transportadora me depositaba en la cámara de vacío, me sentí como un niño indio llevado a espaldas de su madre, hecho un fardo. Después, las bombas actuaron debidamente hasta bajar la presión a cero, se abrió la compuerta exterior, y los últimos vestigios de aire me arrojaron hacia las estrellas, dando vueltas ligeramente sobre mí mismo.

La Estación se hallaba a sólo unos pocos metros de distancia pero, pese a todo, yo era un planeta independiente..., un pequeño mundo formado por mí mismo. Estaba encerrado en el interior de un diminuto y móvil cilindro, con la vista más soberbia que pueda conseguirse del Universo, pero apenas si disponía prácticamente de libertad alguna de movimientos en el interior de la cápsula. El asiento acolchado y el arnés de seguridad me impedirían dar vueltas de un lado para otro, pero me permitían alcanzar los controles con ayuda de manos y pies.

En el espacio el gran enemigo es el Sol, que puede dejarle a uno ciego en cuestión de segundos. Abrí con mucho cuidado los filtros oscuros correspondientes a la parte «noche» de mi cápsula y volví la cabeza para mirar las estrellas. Al mismo tiempo, dispuse en mi casco el dispositivo automático de ajuste de luz solar, de tal forma que, aunque mirase en cualquier dirección, me hallase escudado de aquel intolerable resplandor.

Poco después encontré mi objetivo, un brillante objeto plateado cuyo destello metálico le hacía claramente diferenciable de las estrellas que le rodeaban. Presioné con el pie el control de propulsión en la dirección conveniente y sentí la suave aceleración producida por los cohetes de baja potencia que me alejaban de la Estación. Tras unos diez segundos de empuje estimé que mi velocidad era ya lo bastante grande y corté la propulsión. Me llevaría unos cinco minutos llegar hasta mi objetivo, y no mucho más volver con él en aquella misión de salvamento.

Y fue en aquel instante en que me lanzaba al abismo cuando me di cuenta que algo iba terriblemente mal.

Nunca existe un completo silencio en el interior de un traje o una cápsula espacial; siempre se oye el suave silbido del oxígeno, el débil zumbido de ventiladores y motores, el susurro de la propia respiración e incluso, escuchando con cuidado, los rítmicos latidos de tu corazón. Todos esos sonidos reverberan a través de la cápsula, incapaces de escapar al vacío circundante; son en realidad el fondo, del que no parece uno darse cuenta, de la vida en el espacio, ya que uno sí los nota cuando cambian.

Y habían cambiado: a ellos se había unido un sonido que no pude identificar. Era como un roce intermitente y apagado, acompañado a veces por un ruido chirriante como si se tratase de la fricción de un metal contra otro.

Detuve en el acto hasta mi propia respiración, intentando localizar auditivamente aquel extraño sonido. Los calibradores del panel de control no me proporcionaban la menor pista; todas las agujas se hallaban firmes como una roca en sus diferentes escalas, y no existía tampoco ningún parpadeo de luces rojas, que son las que automáticamente avisan del inminente desastre que se te pueda venir encima por cualquier circunstancia imprevista. Bien, aquello me proporcionó cierta seguridad, aunque no mucha. Ya hacía tiempo que había aprendido a confiar en mis instintos en tales cuestiones; sus luces de alarma parpadearon ahora, diciéndome que volviese a la Estación antes que fuese demasiado tarde...

Incluso ahora, me disgusta recordar aquellos minutos que siguieron, cuando el pánico se extendió por mi mente como una marea incontenible, rebasando los diques de la lógica y la razón que todo hombre ha de erigir frente al misterioso Universo. Supe entonces lo que debía ser encararse con la locura, ninguna otra explicación encajaba con los hechos. Porque resultaba ya imposible pretender que el ruido que oía correspondiese a cualquier mecanismo que no funcionase correctamente. Aunque me hallaba en una total situación de aislamiento, y lejos de cualquier ser humano e incluso de cualquier objeto material, en realidad no estaba solo. Aquel vacío en donde no existe el sonido estaba llevándome al oído ese leve pero inequívoco conjunto de sensaciones que son la vida.

En aquel momento capaz de helar el corazón a cualquiera, tuve la sensación que algo intentaba penetrar en el interior de mi cápsula..., algo invisible que intentaba buscar refugio del cruel y espantoso vacío del espacio. Me giré como un loco en el arnés de seguridad, rebuscando febrilmente en todas las direcciones

del espacio, excepto en el cono prohibido que proyecta la destructora luz del Sol. No había nada, por supuesto. No podía haberlo, pero aquel rascar misterioso y deliberado se hacía cada vez más claro y evidente.

A despecho de cuanto se ha escrito sobre nosotros y que considero absurdo, es falso que los hombres del espacio seamos supersticiosos. Pero, ¿puede reprochárseme el que, habiendo agotado todos los razonamientos de la lógica, recordara repentinamente cómo había muerto Bernie Summers, a la misma distancia de la Estación a la que yo me encontraba en ese momento?

Fue uno de esos accidentes «imposibles»; siempre lo son. Tres cosas habían ido mal a un mismo tiempo. El regulador de oxígeno de Bernie se había estropeado y aumentado la presión, la válvula de seguridad había fallado en expulsar el aire excedente..., y una junta cedió. En una fracción de segundo su traje quedó abierto al vacío.

Nunca llegué a conocer a Bernie; pero de repente su destino se convirtió en algo sobrecogedor para mí..., ya que una horrible idea acababa de penetrar en mi mente. Uno no habla sobre esas cosas; pero una cápsula espacial es demasiado valiosa para desecharla, aunque haya matado a su portador. Se repara, vuelve a numerarse..., y se utiliza de nuevo como otra cualquiera en perfectas condiciones.

*¿Qué ocurre con el alma de un hombre que muere entre las estrellas, lejos de su mundo natal?
¿Estás ahí todavía, Bernie, aferrado a la última cosa que te liga a tu perdido y distante hogar?*

Mientras luchaba contra las pesadillas que me asaltaban por doquier, ya que por aquel entonces parecía que los rasguños y los misteriosos ruidos provenían de todas direcciones, apareció una última esperanza a la que me aferré con desesperación. En bien de mi salud mental, tenía que probar que aquél no podía ser el traje espacial de Bernie, que aquellas paredes metálicas que me rodeaban tan de cerca no habían sido nunca el ataúd de otro hombre.

Tuve que hacer varios intentos antes de poder pulsar el botón adecuado y conectar la frecuencia de emergencia.

—¡Estación! —llamé jadeante—. ¡Estoy en graves dificultades! ¡Consigan inmediatamente los registros relativos a mi cápsula y...!

Nunca acabé de transmitir lo que deseaba; me dijeron después que mi grito había estropeado el micrófono. Pero..., ¿qué hombre solo en el completo aislamiento de un equipo espacial no habría gritado cuando algo le rozó suavemente la nuca?

Sin duda debí lanzarme hacia delante en un movimiento desesperado, pese al arnés de seguridad, yendo a dar con la cabeza en la parte superior del panel de control. Cuando el equipo de salvamento me alcanzó a los pocos minutos todavía estaba sin sentido, con una amplia herida en la frente.

Y debido a ello, resultó que yo fui la última persona en toda la inmensa Estación Espacial de enlace que se enteró de lo que había sucedido. Cuando volví a la realidad horas más tarde, todos los médicos de a bordo estaban reunidos junto a mi cama, pero pasó un buen rato antes que los doctores se molestaran en mirarme a mí. Estaban mucho más interesados jugando con los tres pequeños gatos que nuestro mal

llamado Tommy había tenido la humorada de criar en el tranquilo rincón que representaba el pequeño espacio superior trasero de mi cápsula número cinco.

FIN

Libros Tauro